Es evidente que el progreso de la humanidad y de los pueblos, lo mismo que el de cada hombre individual, y el del cristianismo (véase el «desarrollo» cristiano), no puede hacerse más que por «aculturaciones» sucesivas. Pues bien, si existe un ejemplo de «aculturación» lograda, ricamente positiva, y que ha respetado al mismo tiempo el testamento original de los «aculturados», es ciertamente el de la conquista espiritual de la América de hoy latina, y especialmente de México.

Pero también en esto se guarda silencio sobre la realidad; una realidad que debería llenar de gozo a todos los católicos. En las historias que habitualmente se nos ofrecen, no se encuentra una sola palabra, que no sea de desprecio o con segundas intenciones, acerca de lo que fue, y sigue siendo, la bellísima civilización indio-cristiana nacida de la conquista espiritual de la América española. Y es paradójico que lo que nosotros, católicos, podemos saber hoy sobre el tema, se lo debamos a las constataciones e investigaciones hechas o financiadas por protestantes o israelitas.

Porque, así como la puntualización de Silvio Zavala sobre las *encomiendas,* es el resultado de una beca de investigación ofrecida al historiador mexicano por la fundación judía Guggenheim, de Nueva York, del mismo modo la primera revalorización de la civilización indio-católica de México se debe da al historiador protestante Arnold Toynbee, y la primera obra de conjunto sobre el arte indio-cristiano es también el resultado de investigaciones financiadas por la John Simon Guggenheim Foundation, a la que hay que agradecerle profundamente su gesto.

Una «conquista» realizada por los mismos indios

En primer lugar, ¿hubo verdaderamente «agresión» en la implantación española, y cristiana, en tierras firmes de América? Contrariamente a los puntos de vista simplistas, esta implantación no fue recibida por un gran número de pueblos indígenas como una agresión. Ya lo hemos visto en Sonora-Arizona y en Florida-Georgia, tardíamente. E inmediatamente después en México central y en Perú. Y cualesquiera que hubieran sido la energía, el valor militar (a veces, brutal) y la inteligencia política de los conquistadores*,

* **Los conquistadores.** Los conquistadores (es preciso recordarlo, porque se olvida con frecuencia) inicialmente no tenían detrás de ellos el poder de España, en aquella época muy considerable, pero casi todo empleado en Europa. Eran pequeños grupos de aventureros que, por sí mismos y con la ayuda de algunos amigos, financiaban y dotaban de armamento sus propias expediciones.

sus tropas esqueléticas de unos centenares de hombres jamás habrían podido vencer de manera duradera a unos imperios poderosos, si en verdad hubiera habido «agresión».

Por el contrario, está claro que los conquistadores fueron recibidos por numerosos pueblos indígenas como la ayuda decisiva que les permitía liberarse de la opresión que sufrían de parte de estos imperios tiránicos. Una opresión tanto política como religiosa: en México las «guerras sagradas» proporcionaban a los opresores aztecas las muchedumbres de hombres necesarios para los sacrificios humanos permanentes de su mitología, igualmente tiránica.

Cuando Cortés desembarca con su pequeñísima tropa en la costa de Veracruz, es acogido inmediatamente como un aliado por los cempoaltecas, que procedían de la gran civilización totonaca, poseedora del arte más puro y moderno del antiguo México (pirámide de El Tajín). Los guerreros cempoaltecas constituyeron la mayoría de la armada de «agresión» que se interna en seguida en el corazón de México y combate al lado de los españoles contra los tlaxcaltecas.

En toda la zona central de México, sólo este importante pueblo había conseguido conservar su independencia, a pesar de las agresiones interminables de los aztecas. Y meditando en la nueva situación creada tras la llegada de los españoles, se unen a Cortés y comparten su fe. En adelante serán sus fieles aliados* y, gracias a su número más importante todavía que el de los españoles, así como a sus iniciativas militares y políticas, se convertirán en los auténticos vencedores* del imperio azteca: entrarán al lado de Cortés en México, que por dos veces se permitieron sitiar, y después tomar. En la zona azteca, cerca de México, el pueblo más culto de la civilización pre-hispánica, los texcocanos, cuenta con un importante partido que tam-

* **Fieles aliados.** Esta fidelidad será plenamente recompensada por los españoles. Los tlaxcaltecas recibirán del Rey de España una declaración sobre su libertad de autogobierno, su universal *hidalguía* y su exención fiscal. Los viajeros extranjeros en el México del siglo XVI nos aseguran que éstos no daban a España más que un tributo simbólico (un puñado de grano, por cabeza) y que vivían libres bajo su propia justicia, únicamente controlada, para las causas de importancia, por un alcalde mayor, gran juez español, que hacía las veces de gobernador.

* **Auténticos vencedores.** Hecho curioso: los tlaxcaltecas son más fieles todavía al Cortés desgraciado y vencido que al Cortés triunfante. Cuando los españoles son expulsados de México por la rebelión azteca, respondiendo a su primera entrada en la ciudad, los tlaxcaltecas (que hubieran podido exterminarlos fácilmente) ofrecen ayuda moral y material a esos necesitados «agresores» de la famosa «Noche triste». Y son ellos los que ponen en movimiento los medios necesarios para la revancha sobre sus opresores, con una eficacia extraordinaria, perdiendo miles de hombres en este combate.

bién apoya al conquistador. Después, cuando Cortés se interna hacia el Sur, una vez tomado México, los zapotecas de Oaxaca —pertenecientes también a una antigua y brillante civilización— acogen a los españoles como a huéspedes deseados. Antes o después son imitados por otros pueblos indios: los otomíes, también cerca de México, estudiados por Jacques Soustelle; los poderosos tarascos del Michoacán, etc.

En tal medida fue esto cierto que toda una escuela de historiadores mexicanos, muy «laicos» e hispanófobos de espíritu —la escuela *indigenista*—, afirma, no sin buenas razones, que la conquista no fue realizada *«tanto por Cortés cuanto por unos grupos indígenas, cansados de la tiranía azteca y deseosos de quitársela de encima, que se echaron en brazos de los españoles»*[28]. Uno de ellos, Alfredo Chavero, en su *Historia de la Conquista* (México, 1904) y en otros trabajos, llega a decir: *«En realidad, no fue un grupo de soldados europeos quien hizo la conquista, sino los mismos indios»*.

Un cambio que sería también religioso

En Perú, sucede algo parecido. Pizarro y sus españoles ven unirse a ellos rápidamente y luchar a su lado contra el opresor inca —encarnado por un usurpador*, Atahualpa —a la ingente clase de sus esclavos, los *yana*, aristócratas legitimistas fieles al verdadero Inca, asesinado por Atahualpa, y a pueblos enteros recientemente subyugados por el imperio de Cuzco: los cañaris, los chachapoyas, los huancas, etc. Son los cañaris los que permiten a los españoles apoderarse de Quito. Y cuando un nuevo Inca, Manco II, intenta rechazar a los españoles hacia el mar, los huancas le cortan la ruta del Norte y montan —según señala Henri Favre— *«la inquebrantable defensa, al abrigo de la cual los españoles podían matarse unos a otros con toda tranquilidad»*[29].

Ahora bien, los conquistadores, lo mismo Cortés que Pizarro, eran los mensajeros de una nueva religión, a la cual se adhirieron en seguida las personalidades de pueblos importantes, tales como los tlaxcaltecas. Así, en las adhesiones masivas a los españoles, se manifestaba que la aceptación solidaria de las religiones precolombinas-había dejado de ser la referencia suprema para los indios. Estos, en cuanto la fuerza española les abría una alternativa, la aceptaban y pedían un cambio, que sería también religioso.

Por lo demás, cuando llegaron los conquistadores, las culturas indias estaban marcadas por un largo estancamiento, que necesariamente era denunciado por ellos mismos. Por ejemplo, en México, donde el mejor arqueólogo reciente, Alfonso Caso, señala que las ideas y prácticas espirituales aztecas eran un conjunto *«mucho más antiguo»*, que se remontaba en *«las primeras manifestaciones de las culturas sedentarias en Mesoamérica»*[30].

Adhesión masiva y apasionada por todos sitios

En resumen, la presunta «agresión cultural» cristiana era en realidad una aportación largamente esperada, aunque lo fuera de manera inconsciente. Y no sólo por muchas personalidades de los pueblos aliados, que recibieron el bautismo libremente antes de la toma de México o de Cuzco, sino también y sobre todo por las multitudes indígenas, desde el momento en que dio fin la opresión de sus antiguas mitologías guerreras y ellos pudieron

[28] JORGE GURRÍA LACROIX, *Trabajos sobre historia mexicana*, Instituto nacional de antropología e historia, (México, 1964, pág. 360).

* **Un usurpador.** Típico del carácter no histórico de la obra de Las Casas es su tratado de las *Doce dudas* (1564), en el que afirma que el deber de los españoles es restituir el oro y el reino que han robado a Atahualpa, y que «los hijos, los herederos y los pueblos de Atahualpa han adquirido el derecho de hacer guerras justas contra los españoles».

Todo como si Atahualpa no hubiera sido el sangriento usurpador que, en el mismo momento en que estaba prisionero de los españoles, había hecho asesinar al inca auténtico, Huascar, y después a dos hermanos de éste. Todo como si él mismo no hubiera propuesto a Pizarro, a cambio de su libertad y para no ser maltratado en absoluto, un montón de oro que hizo traer por unas caravanas de llamas desde el corazón del imperio, fuera del alcance de los españoles. Y sobre todo, como si una multitud enorme de clases y de pueblos indios no se hubieran aliado en aquel momento con Pizarro, para escapar precisamente del poder que Atahualpa amenazaba con recuperar y para derrocar el imperialismo inca que les subyugaba. Una alianza que estas clases y estos pueblos pagaron generosamente hasta el final con su propia sangre, asegurando así la victoria final de los españoles sobre los brotes de supervivencia de la opresión inca.

Es cierto que los españoles, especialmente los brutales y codiciosos Pizarro y Almagro, no eran íntegros. Pero no ver obligación de caridad y de restitución más que respecto a los incas, y en particular hacia los herederos de Atahualpa, supera los límites de la simplificación escolástica. Porque Las Casas no había ido jamás a Perú, y, por ello, juzgaba únicamente sobre el absoluto que él mismo se había construido. Nosotros no podríamos seguir en este punto la visión de Las Casas que es recogida por los autores de la reciente *Histoire de l'Eglise par elle-même* (pp. 339 y 340).

[29] JEAN-CLAUDE VALLA, *La civilisation des Incas* (Ginebra-París, 1976, págs. 29, 30, 266, 276).

[30] *El pueblo del Sol* (México, 1953, pág. 20).

acoger a verdaderos religiosos. Es un hecho que los cultos antiguos sólo inspiraron una resistencia combativa de manera esporádica, a pesar de que la conquista y la colonización españolas eran sólo una «redecilla desigual» de «hilos frágiles», en cuyos intervalos podrían haber encontrado su lugar resistencias religiosas combativas. Y a pesar también de que la represión de la «idolatría» india —viva en un primer momento a causa de los sacrificios humanos— fue muy pronto extremadamente moderada en general, como veremos más adelante, e incluso totalmente abandonada a partir de 1550-1570. Lo cual manifiesta que el cristianismo indio había ganado la partida rápidamente, y también la resistencia religiosa pre-cristiana había dejado de tener su propia fuerza. Si, por un lado, los indios permanecieron naturalmente impregnados de su tradición cultural, por otro se abrieron en la misma medida, activa y apasionadamente, a la civilización cristiana.

¡Qué epopeya fue este encuentro, del que no nos hablan nuestras recientes historias de la Iglesia! Por todos sitios, o casi por todos, se repite la sed india del cristianismo. Es multitudinaria, y trastoca la prudencia que querrían guardar los religiosos en la administración del bautismo. De este modo, se explica que hubiera por todos sitios tal inmensidad de bautismos de indios, mientras que —como subraya Robert Ricard— incluso los franciscanos de México, los más acomodaticios, *«jamás administraron el bautismo sin formación previa»*, mientras que los agustinos y dominicos pretendían atenerse a las reglas estrictas, vigentes en Europa, de los catecumenados de Pascua y Pentecostés.

A este respecto hay que rechazar absolutamente la idea según la cual los bautizos de los indios fueron realizados en masa, con hisopo. Los indios (salvo rarísimas excepciones) fueron bautizados siempre «uno a uno», después de haber controlado el conocimiento de cada uno acerca de las verdades esenciales de la fe. Incluso, aunque este «uno a uno»* fuera seguido de series inmensas, hasta tal punto —dice el franciscano Torquemada, en aquella época— *«que los sacerdotes frecuentemente no podían ni levantar la jarra con que bautizaban, tan fatigado tenían el brazo»*.

* **«Uno a uno».** La doctrina franciscana acerca del bautismo de los indios, en México —doctrina nada laxista—, había sido definida por el franciscano francés Jean Foucher, doctor en Derecho canónico por la universidad de París, profesor del colegio de Tlatelolco, y después de la universidad de México (muerto en 1573). La obra fundamental moderna sobre la historia de este bautismo de los indios es también francesa: la de Robert Ricard, *La conquête spirituelle du Mexique* (París, 1933). Posteriormente ha sido confirmada y precisada con un amplio estudio del padre franciscano Claudio Ceccherelli: «El bautismo y los franciscanos de México» (1524-1539), aparecido en el número 35 (1955) de *Missionalia Hispánica,* pp. 209-289. El error de un presunto bautismo masivo de los indios, con hisopo, ha sido repetido, sin embargo,

Y es que —como señala el especialista franciscano Claudio Ceccherelli— por todos sitios se verifica *«la afluencia tumultuosa de los indios que venían a reclamar el bautismo»*. Y cuando, tras una asamblea eclesiástica habida en 1539, los franciscanos de México adoptan las restricciones dominicanas y agustinas, en seguida deben renunciar a ellas. Porque *«los indios no dejan de importunarles con sus súplicas, lágrimas e insistencias para que no sean privados de un bien tan grande, alegando que para recibir el bautismo han andado durante largas jornadas, han hecho grandes sacrificios y afrontado grandes peligros»*. Los franciscanos se resisten. Pero los religiosos de uno de sus conventos, el de Quecholac, sometidos a una presión particularmente fuerte, ceden. Entonces viene la riada en todo México: *«Los indios se presentan en masas compactas, reclamando a gritos el bautismo»*. Dominicos, agustinos, mercedarios, y luego jesuitas, deben suavizar también la reglamentación del bautismo a la europea.

«La hora de Dios»

Veamos lo que constata en Perú el padre jesuita, Dr. Plaza, «visitador de las Indias», enviado por el general de la Orden: *«Los indios acuden a los sermones con tal fervor y concurrencia que uno se queda admirado. En la mañana de las fiestas, si hay dos o tres o cuatro sermones en diferentes parroquias, como suele suceder, en cuanto han acabado de escuchar el sermón de una parroquia, se van a otra, y después a otra, o acuden a un sacerdote que esté predicando para escuchar de nuevo los sermones. Por la tarde, van a escuchar el sermón que se predica en la iglesia principal todos los domingos después de la comida. Después, cuando se termina este sermón, se precipitan corriendo a la plaza principal para escuchar otro nuevo sermón que predica uno de los nuestros. Acabado este nuevo sermón, vienen a nuestra iglesia para aprender la doctrina cristiana. Esta se les enseña muy desarrollada, con preguntas y respuestas. Todos, hombres y mujeres, la aprenden con gran facilidad y rapidez, en razón de la pasión que ponen*

por autores serios, como Vicente Beltrán de Heredia en su *Francisco de Vitoria* (p. 125). Lo que manifiesta una vez más el peligro de un enfoque teórico de la evangelización americana y con su historia, a través de los escritos de estos escolásticos, Vitoria y Las Casas. La opinión intelectual, e incluso la convicción religiosa, atraídos por la bella racionalidad de los principios y por el calor de la defensa discursiva de los derechos del hombre, han sucumbido a este milagro lógico. Ya es tiempo de dar a los hechos el lugar que los argumentos les han robado en demasía, metiéndose a veces en la polémica teórica. Robert Ricard ha tenido un gran mérito al comenzar esta tarea.

en ello». Este testimonio* está fechado en Cuzco, antigua capital del culto inca, el 18 de octubre de 1576.

Veamos también lo que constata otro padre jesuita, Andrés López, en la misma época, en un valle rural de los Andes, el de Anta: «*Los indios se reúnen los domingos y fiestas, mañana y tarde, con tanto interés que no hay indio en las granjas del valle, e incluso de otros sitios de la región, que no venga a importunarnos para que le enseñemos (...). Incluso los caciques se unen a los niños para aprender el catecismo. Los indios lo aprecian tanto que durante toda la mañana los viejos lo están repitiendo, de cuatro en cuatro o de seis en seis, con sus quipos* (prontuario compuesto de cordeles con nudos)».

Así lo dicen con una bella fórmula los franciscanos de Florida-Georgia: rápidamente y casi por todos sitios, sonó la «*hora de Dios*» sobre el continente indio, hora en que «*todos los indios desearon ser cristianos*» (memorial ya citado de 1612).

Una nueva alianza en la alegría

Así, en ningún sitio como en la América india el cristianismo fue apasionadamente acogido como una Nueva Alianza, fórmula que nosotros tenemos la debilidad de preferir a la despectiva y agria «aculturación» de los sociólogos. Nueva Alianza que, por otro lado, había sido preparada por lo mejor de las religiones pre-hispánicas, como el mensaje del rey Nezahualcoyolt (siglo XV), cantor azteca de la unidad de Dios y de la debilidad humana.

Así lo ha reconocido Arnold Toynbee. Su conocimiento de la historia de las religiones, que abarca los cinco continentes y largos milenios, en cuanto llegó a México le hizo reconocer que la civilización indio-católica, nacida inmediatamente después de la «conquista, es el modelo universal de la feliz fusión de dos civilizaciones. En su libro de síntesis, *La religión vista por un historiador,* nos hace partícipes de su deslumbramiento, cuando en 1953 vi-

* **Este testimonio.** Este testimonio forma parte de una preciosa serie de cartas de las primeras misiones jesuitas de Perú, encontrada en los archivos de la provincia jesuita de Toledo y publicada por primera vez en 1947.

En ellas se ve estallar día tras día, pueblo tras pueblo y ciudad tras ciudad la sed india del cristianismo, en lo concreto de infinitos, sabrosos y emocionantes detalles.

Este informe ha sido presentado bajo el título de «Primeros pasos en la evangelización (jesuita) de los indios (1568-1576)», por Francisco Mateos, S.J., en el nº 10 (1947) de *Missionalia Hispánica,* pp. 5-64.

sitó las iglesias indias de las aldeas que hay alrededor de Puebla, la tercera ciudad de México (al Este de México), fundación *ex nihilo* de los conquistadores. Porque —según dice— fue testigo de los «*celosos cuidados*» que los indios prodigaban en todo momento a las «*magníficas y alegres obras*» (de arte) de sus antepasados, recientemente convertidos al cristianismo, y que hasta entonces se hallaban «*sumergidos en el siniestro salvajismo de la influencia azteca*»[31].

Y lo mismo puede ser confirmado por todos aquellos que han visitado, como él, estas iglesias: sus obras de arte, desbordantes de luz y alegría —elementos de los que carecía el siniestro arte azteca—, proporcionan la prueba irrefutable de la liberación humana que llevaron consigo la «conquista» y la evangelización.

«Una obra luminosa»

¿Y cómo se hizo realidad esta liberación? Ciertamente —y todavía se duda de ello— no en la opresión y en la *esclavitud* que se nos cuenta. Gracias a las investigaciones financiadas por la fundación Guggenheim, los católicos pueden saber por fin cómo otros católicos se entregaron a sí mismos para conseguir esta realidad y cuál fue su amplitud: la de un testimonio enorme, casi totalmente desconocido hasta aquí por culpa de las ideas preconcebidas, que no querían ver sino indios oprimidos y cultura pre-hispánica y anticristiana.

Después de cinco años de investigaciones*, subvencionadas por mece-

[31] Traducción francesa (París, 1963, págs. 61 y 162-163).

* **Cinco años de investigaciones.** Nadie, o casi nadie, se había interesado hasta el momento por el arte indio-cristiano, excepto por algunos monumentos muy concretos de algunas ciudades. Y esa excepción se hizo coincidiendo con la más o menos violenta persecución anticatólica del siglo XIX y comienzos del XX (hasta 1930), para desmantelar o infravalorar un gran número de sus testimonios. Por ello, el profesor Reyes Valerio y sus equipos se han visto obligados a realizar una extensa prospección en muchos de los pueblos casi olvidados, con «innumerables y agotadores viajes en busca de la obra de arte escondida». Y con frecuencia ha sido necesario separar las obras antiguas de las construcciones sobreañadidas, o limpiarlas de las diferentes capas y enlucidos con que habían sido recubiertas.

El gobierno mexicano actual, aunque oficialmente laico, está haciendo un considerable esfuerzo para restaurar esta parte esencial del patrimonio artístico de su país. Y las órdenes religiosas, autorizadas desde hace poco a volver a México, reanudan la tarea de creación artística, con la que ilustraron los comienzos de su misión evangelizadora, gracias a los donativos que afluyen a sus manos y al entusiasmo siempre vivo de los indios y de los artistas locales.

nas norteamericanos, y llevadas a cabo por un profesor de la Escuela Nacional mexicana de conservación, restauración y museografía, y por sus alumnos, aparecía en México (1978) la primera obra de conjunto sobre el *Arte indio-cristiano, «movimiento artístico que es la demostración irrefutable de este nuevo rostro y corazón que adquiere el Indio»*[32]. Desde la primera mitad del siglo XVI, *«el religioso y el Indio crearon* (en común) *un nuevo campo de acción cultural, totalmente activo (...). Entre ellos se realizó una intensa comunión, aportando cada cual una parte de su misma vida (...), a través de la educación y del afecto, un afecto trágico en cuanto se veía frustrado por todos aquellos que fueron los enemigos de los religiosos y de los Indios.*

En este arte de simbiosis se manifestaron los antecedentes de dos culturas, la pre-hispánica (...) y la española (...), que se fusionaron dando nacimiento a una obra luminosa, enteramente nuestra (...).

El arte indio-cristiano fue un medio de integración religioso-cultural del hombre (indio) *en su nuevo ambiente, en sus ideas, del mismo modo que lo habían sido el arte greco-romano, el arte románico y el arte gótico»* [33].

Tanto en su escultura como en su pintura, este arte indio-cristiano es auténticamente indio, porque sus emplazamientos eran los mismos *«donde se celebraba el gran culto pre-hispánico»*[34] y porque *«el artista indio era el autor de la mayor parte de sus producciones»*[34]. Por otro lado, *«los motivos de procedencia pre-hispánica»*[34] también abundan, dignos de figurar en un amplio museo de la tradición artística propiamente americana.

Si se estudia la amplitud de este arte indio-cristiano, volvemos a encontrar el enorme testimonio de que estamos hablando. Desde el siglo XVI, sólo en México produjo este arte 120 grandes monumentos catalogados, con una iconografía de antecedentes pre-hispánicos y decenas de millares de metros cuadrados de pintura. Abundantes maravillas se encuentran diseminadas por el campo y por la ciudad, alrededor de México, Cuernavaca, Tlaxcala, Puebla, Pachuca, Oaxaca, etc., sobre una superficie semejante a la de Francia, por no hablar más que de México.

Por otro lado, este fenómeno no será un hecho pasajero, pues decoraciones como la del inmenso y magnífico Santo Domingo de Oaxaca muestran que este arte había permanecido vivo también en los siglos XVII y XVIII, época en la que se extenderá cada vez más a toda la América latina, y que sigue

[32] CONSTANTINO REYES VALERIO, *Arte indiocristiano*, pág. 11.
[33] *Ibid.*, págs. 127 y 128.
[34] *Ibid.*, págs. 125, 167, 210.

vivo todavía hoy: ese monumento saqueado, lo mismo que otros muchos, por el vandalismo laicista de estos últimos ciento cincuenta años (que lo ha convertido en caballeriza y ha destruido sus retablos), acaba de ser restaurado en su decoración, a veces totalmente rehecha, con la misma riqueza. La calidad del arte indio-cristiano suele alcanzar los más altos niveles del arte popular, bien del arte propiamente dicho, o bien del conjunto decorativo. ¿Puede haber algo más logrado que el conjunto decorativo de la iglesia del pueblo de Acatapec, cerca de Puebla, cuyo exterior está totalmente recubierto de cerámicas pintadas e historiadas, sobre una arquitectura de volutas y pilastras, diseñada especialmente para conseguir un efecto total, y cuyo interior está totalmente pintado y dorado, sobre esculturas en bajo y alto relieve? ¿Puede haber algo más digno del arte verdadero que las pinturas con que el pintor indio Juan Gersón cubrió, en 1562, las bóvedas de la iglesia de Tecamachalco, en la misma zona, y especialmente su «Visión de Dios y de los veinticuatro ancianos», tan maravillosamente compuesta, diseñada y coloreada? ¿Y qué puede haber más bello que esas innumerables portadas de iglesia esculpidas —como la del pueblo de Tulpetlac, en el Estado de México— que harían felices a muchas regiones de Europa menos ricas* en arquitectura renacentista o barroca? Arquitectura barroca que intenta conseguir con su ornamentación lo mismo que el gótico con sus nervaduras: *«dirigir la mirada hacia el cielo»*, como señala el autor de la guía de Santo Domingo de Oaxaca.

Edades de oro

Es emocionante encontrar hoy, en uno u otro monumento de este arte indio-cristiano, a sus dos protagonistas: el indio y el religioso. Así, al lado de los indios (que aparecen totalmente en su medio ambiente, cosa que, por otro lado, sucede en todos los edificios cristianos, incluso en los más majestuosos), se ven los blancos vestidos de los dominicos, a Santo Domingo de Oaxaca o, en la antigua catedral de Bartolomé de Las Casas, a San Cristóbal de Chiapas.

* **Menos ricas.** La profusión de los monumentos del arte indio-cristiano es asombrosa. En un radio de varios centenares de metros alrededor de la maravillosa iglesia del pueblo de Acatepec (Puebla), se levantan varias iglesias relevantes, como la de Tonantzintla, maravilla del siglo XVI. Y es que la profusión de las implantaciones de las órdenes religiosas fue en sí misma asombrosa. Sólo en el Estado de Oaxaca, los conventos o residencias de los dominicos, frecuentemente de una calidad artística excepcional, eran por lo menos 66 en tiempos de la colonia. Y los misioneros, cerca de 1.000: ¡maravillosa fecundidad de la Iglesia de España!

Estos encuentros nos recuerdan que los religiosos no fueron sólo los promotores del arte indio-cristiano y de la protección global del pueblo indio, sino que tuvieron también interesantes iniciativas particulares de protección absoluta de los indios, constituyendo auténticos mini-Estados indígenas, exclusivamente sometidos por ellos a la ley de Cristo.

Un ejemplo lo tenemos en Bartolomé de Las Casas —el religioso era mucho más convincente que el polemista— en su obispado de Chiapas, y sobre todo en la cercana «Tierra de guerra». Allí, rechazando toda intrusión de los españoles presumiblemente opresores, creó un pequeño Estado puramente indio-religioso, la Verapaz, enteramente al servicio de los indios. Veinticinco años después de la partida de Las Casas (1570), allí no quedaban más que 40 españoles, además del obispo, según señala el viajero inglés John Chilton. El nombre de este Estado ha quedado en dos provincias de la actual Guatemala, la Alta Verapaz y la Baja Verapaz.

Cerca del mismo México, en la zona oeste del Michoacán, el primer arzobispo de México, el franciscano Juan de Zumárraga, y el obispo del Michoacán, un antiguo magistrado, Vasco de Quiroga, ofrecieron a los indios una tierra semejante de «edad de oro». Los religiosos emprendieron allí la tarea de traducir en hechos la *Utopía* del gran humanista católico Tomás Moro y de hacer volver a los indios «a la pureza incorrupta de la Edad de Oro»[35]. Todavía se pueden ver allá las ruinas de las colonias y hospitales que los religiosos e indios construyeron e hicieron funcionar con un espíritu absolutamente comunitario, asumiendo por turno la carga de los servicios comunitarios, y todo ello para una «población considerable».

En la misma época, gracias al apoyo del virrey Mendoza, los dominicos reservaron para los indios y sus evangelizadores el actual Estado de Oaxaca, al Sudeste de México. Tierra que está cubierta de monumentos indio-cristianos, tal como la obra maestra de Santo Domingo que ya hemos evocado.

Más tarde, a imagen de sus famosas «reducciones» (repúblicas cristianas independientes de los indios guaraníes del Paraguay), los jesuitas establecieron también unas entidades indio-cristianas en sus misiones del Norte de México (actuales Sonora, Arizona y California). Allí se hacen célebres los padres Salvatierra y Kino que, como hemos dicho, sembraron estas vastas extensiones de emotivos y alegres monumentos del arte indio-cristiano. Un ejemplo de ellos, señalado en nota, es la graciosa misión de San Javier del Bac, cerca de Tucson (Arizona), siempre amada por los indios y donde resulta imposible, una vez más, ver el testimonio de una «agresión cultural».

[35] Américo Castro, *La realidad histórica de España*, (México, 1973, pág. 292).

Florecimiento de escuelas

Quizá se pretenda ver más claramente esta «agresión» en las iniciativas de los religiosos, no ya globalmente sociales, sino culturales. Por ejemplo, en estas dos notables realizaciones: el colegio superior humanista de Santa Cruz de Tlatelolco, en el que Zumárraga forma, desde el año 1536, a una brillantísima élite intelectual indio-cristiana*, y la escuela de técnica y arte, donde otro franciscano, Pierre de Gand, en San José de México, se convierte en «el maestro e industrioso instructor» de los constructores y decoradores indios. Esta escuela recibe por lo menos a mil jóvenes por el día, y probablemente a otros tantos adultos en sus clases de la tarde.

¡Pero no! Cuando se habla de estas realizaciones en relación con las precedentes, ya no se dice «agresión cultural». Se contentan con minimizarlas: son —se nos dice— «*espectaculares, pero aisladas*» (*Histoire vécue du peuple chrétien,* tomo II, p. 281). Esta imputación de aislamiento es tan infundada como las otras: evidentemente la escuela de Pierre de Gand no habría sido suficiente para formar a todos los constructores del arte indio-cristiano.

Cada convento tenía su propia escuela, e incluso una escuela doble, considerable, lo mismo que considerable era el mismo número de conventos, desde el siglo XVI: más de trescientos sólo en México. Tenían una escuela externa para los niños del común del pueblo, recibidos cada día como externos, y una escuela de internos para los niños de los indios principales. «*Hay tantos alumnos indios* —escribe hacia el año 1540 el franciscano Motolinia— *que, en determinados monasterios, hay trescientos, cuatrocientos, seiscientos y hasta mil alumnos*»[36]. A veces semejantes cifras valen sólo para los internos, afirma cincuenta años más tarde el franciscano Jerónimo de Mendieta: «*Los niños así reunidos* (en las escuelas internas) *eran seiscientos, ochocientos o mil; los cuidaban unos ancianos, les daban de comer lo que les traían sus madres, y se ocupaban de su ropa y de todo lo que necesitaban*»[37]. La existencia de estas importantes escuelas conventuales es confirmada por el arzobispo Zumárraga en sus cartas y por otro cronista religioso, Juan de Torquemada. Este último, lo mismo que su compañero Diego Valdés, con-

[36] *Historia de los Indios* (México, 1969, pág. 108).
[37] *Historia eclesiástica indiana* (México, 1966, pág. 218).

* **Brillantísima élite intelectual indio-cristiana.** Un ejemplo típico de los indios que llegaron a ser, desde el siglo XVI, grandes escritores en lengua española es el indio Ixtlilxóchitl, autor de *Obras históricas,* donde traduce al español las antiguas crónicas de su pueblo, proporcionándonos una documentación de considerable interés.

firma también que los muros de estas escuelas estaban decorados con pinturas indio-cristianas de Cristo, de la Virgen, etc., tal como se puede observar todavía en algunos monasterios existentes.

Los indios recibían, en estas escuelas internas*, una esmerada educación. Aprendían, en su propia lengua, la doctrina cristiana, música, escritura, «gramática» (el primer curso de ésta en lengua india fue dado por el sabio franciscano francés Arnaud de Bazas), retórica, geometría, aritmética y astronomía. Algunos jóvenes indios llegaron a ser célebres compositores de música polifónica, incluso de misas enteras, que eran tocadas por las orquestas de sus compañeros y que son la fuente de las misas indias o criollas (mestizas) de nuestras actuales cassettes. Otros crearon auténticos talleres de calígrafos iluminadores, tales como los autores del manuscrito en lengua india *Contemptus mundi,* que fue llevado a España por Mendieta en 1570. Muchas escuelas, concretamente alrededor de Puebla, enseñaban además las «artes mecánicas», los oficios de agricultura, arboricultura, cría de ganado, regadío, traída de aguas, y especialmente oficios artísticos, etc. Los estudios duraban hasta tres años, en un internado que organizaba las jornadas según el más apretado ritmo monástico.

Así lo hicieron los dominicos, franciscanos, agustinos y después jesuitas. Desde el siglo XVI, el convento dominicano de San Pablo de Oaxaca fue un centro educativo, igual que lo será después su sucesor Santo Domingo, de donde saldrán incluso los creadores de la universidad de la ciudad. Allí, lo mismo que en otros sitios, el convento-escuela se completaba con un hospital que tenía farmacia gratuita para los pobres y que además alimentaba diariamente a gran número de menesterosos.

El honor de todo un pueblo católico

Y conocemos por lo menos otra importante escuela de técnica y de arte*, que acogía a los indios y a la que se llegó a llamar la «Atenas de la Nueva

* **Escuelas internas.** Tal como señala Mendieta, a veces sucedía que no había más que una escuela, y era interna. Entonces todos los niños indios, los plebeyos y los de los indios principales, recibían la misma educación. Y esto suponía que, con frecuencia, los hijos del pueblo llegaban a dirigir más tarde las comunidades indias. Este hecho jamás se había producido en sus antiguas sociedades.

* **Escuela de técnica y de arte.** La escuela de San José de México enseñaba a los indios «todos los oficios necesarios para vivir en una sociedad civilizada»: corte de tejidos, carpintería, talla de piedra, escultura, arquitectura, etc.

España», abierta por los religiosos agustinos en Tiripitío (Michoacán), en el año 1540[38]. También conocemos otros dos colegios superiores, el de San Juan de Letrán, en México, y el de San Nicolás, fundado en 1540 en Pátzcuaro y trasladado a Valladolid (Morelia) en 1580.

Hay que rendirse ante la evidencia: la protección y la promoción de los indios por parte de los españoles responsables no es una iniciativa aislada, ni tampoco puramente religiosa. Es un conjunto en el que toman parte todas las instituciones del Patronato. Vasco de Quiroga, creador del hospital de Michoacán, procede de la magistratura: era uno de los oidores de la audiencia de México. El mismo Las Casas era un antiguo colono. Y cuando un religioso se porta mal con los indios, como Juan de Torquemada, acusado de haber hecho azotar hasta hacer sangrar a uno de sus pintores indios, negándose a remunerarlos*, la justicia del virrey, a requerimiento de la víctima, le persigue[39].

Todo, desde el estatuto de las tierras hasta la protección judicial de las personas y de los bienes, y la promoción cultural y religiosa, la noble y cristiana dilección hacia los indios es el honor de todo un pueblo católico, en primer lugar (aunque no sólo) del pueblo español en todas sus élites. Y por ello merecen que se les rinda este honor.

Como nosotros: borrar una enseñanza de muerte

Pero ¿y las «hogueras españolas»?, ¿y la Inquisición?, se objetará por fin. Una Inquisición que —según los neo-paganizantes de *Nouvelle Ecole,* en

[38] CONSTANTINO REYES VALERIO, *op. cit.* págs. 102-106.

[39] *Ibid.*, apéndice, págs. 301-305.

* **Negándose a remunerarlos.** A decir verdad, todas las partes del proceso de Juan de Torquemada no han sido conservadas enteramente, y por ello ignoramos lo que pudo decir en su defensa y si fue condenado. Su culpabilidad, desde luego, no es segura. Y se empieza a dudar de ello en la lectura de su importante crónica *Monarquía india,* donde hace un amplio elogio de los artistas indios, subrayando su contribución esencial —y a menudo, voluntariamente gratuita— al arte indio.

Por otro lado, las acusaciones indias deben ser tomadas con prudencia, en general. Un excelente obispo, autor de un *Itinerario para los curas de los indios,* Alonso de la Peña Montenegro, cuenta cómo un visitador pudo apreciar, en su justo y poquísimo valor, las acusaciones de criminal que se hacían contra un cura, en una memoria en regla de algunos de sus parroquianos indios. Interrogando a un testigo indio sobre el contenido de esta memoria, que ni siquiera había leído, el visitador tuvo la idea de soltarle:

—Veo aquí que vuestro cura, después de las oraciones del domingo, mató al rey David.

—Es verdad —respondió el testigo—. Yo mismo he visto cómo le mataba.

Y ya no hay más aztequismo en las menciones que han sido conservadas de las primeras manifestaciones del culto dedicado a Nuestra Señora de Guadalupe, en la etapa posterior. En 1537, un cierto Bartolomé López, que vivía en la lejana ciudad de Colima, fundada cerca del Pacífico por los colonos de México, dice en su testamento: «*Pido que se celebren en la casa de Nuestra Señora de Guadalupe cien misas para el descanso de mi alma*». Y, en 1563, el cacique indio de la cercana Teotihuacán pone en su testamento algo parecido: «*Ordeno que se den cuatro pesos de limosnas a Nuestra Señora de Guadalupe, para que el sacerdote que reside en esta iglesia diga unas misas por mí*».

Una irradiación milagrosa

De este modo se confirma, por medio de Nuestra Señora de Guadalupe y por su culto, la verdad profundamente católica, desde el origen*, del cristianismo indio, del que se nos quiere hacer creer que está sumergido en las «supersticiones mágicas»[58] de origen mitológico precolombino, hasta el punto de no ser sino una especie de «utilización» paganista irreprimible. Por lo demás, si el culto a Nuestra Señora de Guadalupe hubiera sido ese plagio azteca que se nos dice ¿cómo hubiera podido enardecer a los españoles de la colonia desde el siglo XVI, tal como asegura el inglés Miles Philips, hacia el año 1570[59], y después a las multitudes del resto de la América latina a las que tanto el espacio como el tiempo separan absolutamente de la mitología azteca?

Todos aquellos de nuestros lectores que puedan leer el español, aclara-

[58] *Histoire vécue du peuple chrétien* (T. II, págs. 325, 318, 323).

[59] *Relación* reproducida igualmente en las *Relaciones* ya citadas, pág. 115.

* **Desde el origen.** El neopaganizante Lafaye, pasando por alto la mitad de la bibliografía sobre Guadalupe, pretende demostrar que este culto no hace su aparición hasta mediados del siglo XVII, gracias a la «invención» de un predicador de esta época tardía, Miguel Sánchez. Sólo entonces habría aparecido la imagen. Esto es insostenible. Ya desde 1556, el franciscano Bustamante —muy opuesto a Guadalupe porque cree que la idolatría se alimenta, a pesar de todo, de esta representación— habla de una «imagen pintada». Y el virrey Martín Enríquez, en 1575, evoca también la «imagen» de Guadalupe, lo mismo que había hecho, en 1570, el inglés Miles Philips. Pero Lafaye no se preocupa por estos testimonios incómodos: en el del virrey, traduce simplemente imagen por «estatuilla». Lo cual es mucho mejor en cuanto a la antigüedad del culto guadalupano: el *Catéchisme de la Doctrine chrétienne,* del franciscano Pierre de Gand, cuya importancia en la primera evangelización ya hemos visto, ofrece el grabado sobre madera, varias veces repetido, de la imagen de Guadalupe.

rán su religión —y es preciso decirlo— sobre este gran acontecimiento de Nuestra Señora de Guadalupe, remitiéndose a la obra de Fidel de Jesús Chauvet, historiador franciscano: *El Culto Guadalupano,* aparecida en México, en 1978. Todavía hoy las muchedumbres indias se apretujan en el atrio de la basílica de Guadalupe y en él cantan el «Perfecta y siempre Virgen María, madre del verdadero Dios». Y el arquitecto no creyente, que entonces era ya autor del Museo Nacional mexicano de antropología, dedicado prioritariamente a las culturas azteca y maya, y después autor de la actual basílica de Guadalupe, también ha dado un testimonio personal de la irradiación milagrosa dispensada por la «imagen»: en 1976, Pedro Ramírez, hasta entonces laicista y paganizante, después de haber estudiado «de cerca la imagen», se convirtió al catolicismo.

Conclusión

En resumen, la historia de la conquista cristiana de América debe ser liberada —deber que incumbe naturalmente y en primer lugar a los católicos— de la «*leyenda que, con su hollín, ha ensombrecido hasta hoy la figura de los conquistadores*», por usar la fórmula de Américo Castro, muy poco sospechoso de hispanismo conformista.

De hecho, en el orden laico y espiritual, la conquista estuvo muy cerca del «*más noble tipo de cruzada humana, universal y generosa que jamás haya existido*», tal como lo ve, en un exceso de lirismo, el reciente maestro de la historiografía mexicana, José Vasconcelos. Y es incontestable, tal como señalaba en 1974 otro maestro de la historiografía mexicana, Octavio Paz, que «*desde la segunda mitad del siglo XVI hasta finales del siglo XVIII, la Nueva España fue una sociedad estable, pacífica y próspera*».

Posiblemente el precio haya sido la represión del «*salvajismo siniestro de la influencia azteca*», por atenernos a México y por utilizar los mismos términos de Arnold Toynbee. A juicio del mismo, la recompensa ha sido las «obras magníficas, alegres» del arte indio-cristiano, testimonio hasta aquí desconocido. La conquista, por encima incluso de las adhesiones inmediatas de numerosos pueblos indios a los conquistadores, fue, pues, una liberación, y una liberación cristiana*, consciente y apasionada, como hemos vis-

* **Liberación cristiana.** Esta liberación consciente conducirá, en nuestro tiempo, al formidable levantamiento contra la persecución anti-católica en México: la revolución de los *Cristeros.* Estos campesinos indios y mestizos combatieron, de 1926 a 1929, para obtener —y lo obtuvieron— la reapertura de las iglesias y el retorno de los sacerdotes. Ver Jean Meyer, *Apocalypse et Révolution au Mexique* (París, 1974).

to. Los neopaganizantes lo saben bien, aunque no lo digan con frecuencia. Por ejemplo Jacques Soustelle que, en la revista *Evasiones mexicanas 1980* (p. 10), escribe a propósito de los aztecas y de sus masivos sacrificios humanos*: «*Nos podemos preguntar a dónde les habría llevado esto si no hubieran llegado los españoles (...). La hecatombe era de tal magnitud que habría acabado por amenazar el equilibrio demográfico, y, sin duda, habrían tenido que dejar el holocausto para no desaparecer*».

La única pregunta verdadera que se puede hacer sobre la conquista es ésta: los españoles del Patronato, y concretamente la Iglesia de España, ¿no protegieron *demasiado* a los indios? En efecto, el respeto hacia la propiedad de sus tierras e instituciones locales, que empieza con las encomiendas y se hace total con la supresión progresiva de éstas, condujo a los indios, al final de la época colonial, al repliegue sobre sí mismos. Y este repliegue los mantiene con frecuencia bajo la influencia de sus peores tradiciones económicas, sociales y religiosas, separándolos al mismo tiempo de todas las incitaciones al progreso.

Así lo señala, a comienzos del siglo XIX, en el Yucatán mexicano, el obispo liberal y «filósofo» Abad y Queipo [60]. «*Su separación* —escribe— *ha privado a los indios de luces y ayudas que hubieran podido recibir de la comunicación y colaboración con las otras clases de la sociedad colonial. Aislados a causa de su lengua y de su gobierno* (propio), *el más inútil y tiránico, se han perpetuado en sus costumbres, usos, supersticiones groseras que misteriosamente han mantenido en cada pueblo ocho o diez viejos indios, viviendo en la ociosidad a costa del sudor de los otros, y dominándolos con el más duro de los despotismos*». Desde esta perspectiva, los defensores de la *encomienda** como medio de comunicación y de promoción, habrían teni-

60 Citado por el doctrinario laicista del siglo XIX mexicano, JOSÉ Mª LUIS MORA, *Obras sueltas* (París, 1837, págs. 54 y 55).

* **Masivos sacrificios humanos.** Hay que recordar, no obstante, que la inauguración del gran templo azteca de México, cuya destrucción a mano de Cortés y de los tlaxcaltecas es tan llorada por algunos, dio lugar, en 1487, al sacrificio de 2.000 jóvenes, tal como lo relata el códice de origen azteca llamado *Telleriano-Remensis*.

* **Defensores de la «encomienda».** También ellos tuvieron su «leyenda negra». Por ejemplo, el más sistemático y vilipendiado por algunos historiadores: el adversario principal de Las Casas, el sacerdote Juan Ginés de Sepúlveda. «Yo no afirmo —escribe— que los indios deban ser sometidos a esclavitud, sino únicamente que deben estar sometidos a nuestro mandato. No afirmo que debamos privarlos de sus bienes, sino solamente someterlos, sin cometer contra ellos acto alguno de injusticia».

Y el silencio concertado beneficia a la «leyenda negra». ¿Dónde se ve alabado un «protector de los indios», tal como lo ha sido concreta y vigorosamente durante medio siglo en México, mientras que Las Casas no lo fue más que durante unos años? Este auténtico «protector de

do razón. Y aquellos religiosos tan encarnizados en la represión de las tradiciones «idólatras» se habrían equivocado menos de lo que a menudo se dice. Y los jueces que desprecian el catolicismo indio deberían pensar que, en unas condiciones tan desfavorables (las de una «cristianización autoritaria» a la que, por otro lado, supo negarse la Inquisición), es verdaderamente admirable que este catolicismo haya sabido sobrevivir y desarrollarse, tal como hoy se nos presenta.

Si la irradiación procedente de la milagrosa imagen de Guadalupe, venerada *in situ* por Juan Pablo II en 1979, es cierta para muchas personas, el Patronato, del que la misma Virgen fue Patrona, puede presentar ante la historia un balance enormemente positivo*. La conquista de Améri-

los indios», que sufrió por ellos toda clase de persecuciones mientras que Las Casas era venerado, es el franciscano Motolinia, además primer historiador amante de las tradiciones indias.

Pues bien, este evangelizador modelo, absolutamente desinteresado, es el más decidido defensor de la *encomienda* en México. Y no duda en hacerlo saber, escribiendo directamente a Carlos V. Subraya al emperador que hay entre los titulares de *encomiendas* «muchos buenos cristianos, preocupados por la cristianización de los indígenas que les están confiados, dando ejemplo de una piedad y una caridad muy superiores a aquellos de los que hacía gala la antigua España (Georges Baudot). Y de Las Casas dice: «Estoy asombrado ante la idea de que Vuestra Majestad y los miembros del Consejo hayan podido soportar durante tanto tiempo a un hombre tan pesado y pendenciero».

El mismo nombre de Motolinia es altamente significativo. Es una palabra india que quiere decir «pobre». El franciscano, cuyo nombre auténtico es Toribio de Benavente, eligió este nuevo nombre de «Pobre» porque los mismos indios se lo dieron cuando le vieron llegar desde la costa a México, con sus compañeros, a pie, con sus vestidos hechos jirones y durmiendo en el suelo.

Así es como apareció ante los indios el grupo principal de sus primeros evangelizadores. Sólo este detalle pone en su sitio muchas cosas.

* **Enormemente positivo.** Pero no ciertamente sin esas debilidades a las que hacíamos alusión antes. Algunos miembros del clero se instalaron en los aspectos cómodos de la conquista, en la riqueza e incluso en la licencia. La emulación entre misioneros se convirtió parcialmente en luchas acerbas entre las órdenes religiosas, o entre éstas y el clero secular, los obispos y los funcionarios reales. Unas luchas que difícilmente pudieron arbitrar los virreyes.

Todo ello ha sido sacado a la luz por Robert Ricard, en su *Conquête spirituelle du Mexique* (París, 1933). Pero esto sucede, más o menos, en todos sitios y siempre. Y ante la amplitud de la labor apostólica, caritativa y cultural bien realizada, de todo eso queda bien poca cosa.

Además, el cuadro esbozado por Robert Ricard deber ser naturalmente completado con los estudios más recientes que se han beneficiado de la puesta al día de importantes archivos directos, desatendidos o inéditos. Ahora bien, estas publicaciones subrayan que las debilidades evocadas por Robert Ricard fueron más excepcionales de lo que parecía hasta entonces. Incluso el clero secular, a menudo cuestionado, en su inmensa mayoría se mostró digno de admiración, pues sus realizaciones se pueden comparar en muchos casos a las realizaciones de los regulares. Si este hecho no llamaba la atención, es porque en los documentos indirectos hasta entonces utilizados «alabar o simplemente enumerar a los curas de los indios llenos de celo

ca se acabó con el triunfo, cada día renovado, de la justicia, la caridad*, la santidad y el fervor. Y todo ello respetando la libertad india que, sola, quizá fue excesiva.

Por lo demás y en definitiva, si esta libertad ha sobrevivido en su condición más fundamental (la supervivencia física de las multitudes indias), se debe a la Iglesia. Si, por un imposible, España (con Portugal) se hubiera pasado a la Reforma, se hubiera hecho puritana, y hubiera aplicado los mismos principios que los puritanos de Norteamérica («el Indio era Satán»), un inmenso genocidio hubiera borrado del mapamundi la totalidad de los pueblos indios. Los historiadores no se hubieran tenido que molestar en elaborar interpretaciones llamativas sobre la *encomienda,* la evangelización o la Imagen de la Virgen de Guadalupe. Les hubiera bastado, como a los sociólogos, con agenciarse el aparato fotográfico del turista ingenuo. De este modo hubieran podido, por el azar de microscópicas «reservas indias» jalonadas desde México hasta la Tierra del Fuego, fijar sobre la película el pobre rebaño de un puñado de supervivientes-testigos, un puñado *so typical.* Las Casas hubiera tenido razón*: sus «cifras increíbles» hubieran sido, por fin, realidad.

no se les ocurría, lo mismo que nadie pensaba en revelar lo ordinario de la vida, el hecho de que el sol saliera y se pusiera; lo único que se había notado habían sido los eclipses, los escándalos colectivos o particulares».

Constantino Bayle llega a esta conclusión, reproduciendo cantidad de testimonios de época, en su estudio «El dominio propio del clero secular en la evangelización americana», publicado en *Missionalia Hispánica,* 1946, nº 9, p. 469-510.

Dos ejemplos: El cura de Pinampiro, en Perú (Quito), no se limitó sólo a construir con sus indios una hermosa y rica iglesia, sino que consiguió que éstos dispusieran en comunidad de un campo de algodón, yuntas de bueyes, 160 vacas y 3.500 ovejas de Castilla, lo que les permitía pagar el tributo sin problema. El cura de la reducción de los yankis, en el Sonora mexicano, hizo algo mejor todavía: construyó dos ricas iglesias, introdujo el cultivo del lino, abrió una fábrica de ruedas y de instrumentos para tejer; además del tejido, fomentó la sombrerería, la alfarería, la calderería, la cría de caballos y de ovejas, abrió un colegio, e incluso un seminario que dio dos sacerdotes indios. Y todo ello negándose a recibir cualquier diezmo u honorario, lo mismo que hicieron otros muchos como él.

* **La caridad.** El único católico canonizado por haber sido protector y servidor de los esclavos negros es un hombre del Patronato español, el jesuita San Pedro Claver. En la primera mitad del siglo XVII y durante 40 años, se entregó totalmente a los esclavos negros desembarcados en Cartagena de las Indias (actual Colombia), para aligerar su desgracia. El papa León XIII proclamó a este hombre del Patronato español patrón de las misiones ante los negros (1896). En la misma Cartagena, se había hecho famoso, medio siglo antes, otro religioso del Patronato, al que ya hemos hecho mención: el protector y servidor de los indios, San Luis Beltrán.

* **Las Casas hubiera tenido razón.** A pesar de la evidencia, Las Casas está reputado hoy, en numerosas publicaciones intencionalmente apologéticas, como alguien que tuvo razón. Tal

De hecho, desde antes del año 1500 con Isabel la Católica, y desde 1537 con Paulo III, la hermosa fraternidad pluriracial del mundo de nuestro siglo XX ha sido una modernidad de la Iglesia, y, durante mucho tiempo, exclusiva.

es el caso del *Bartolomé de Las Casas,* publicado en 1980, en París, por un excelente religioso, su compañero dominico, el padre Ph. André-Vincent. Es un ejemplo típico.

En primer lugar, porque el autor sabe que ningún historiador que se precie, puede tomar el testimonio de Las Casas como verdaderamente histórico. «El autor de la Historia apologética —escribe— no es un observador imparcial del mundo colonial español. Este "libertador" de los indios da testimonio de un combate, no escribe la historia (...)». «La posición del profeta no es la del juez imparcial: abogado del orden público (...), defensor de los indios, y acusador de los españoles, no expresa más que una parte de la verdad».

Pero, al mismo tiempo, el autor deja que el lector ignore cuál puede ser, al menos, la otra parte de la verdad. El encerrarse sobre las tesis lascasianas hace contar siempre lo esencial, con los únicos relatos y según las tesis de Las Casas. Sobre la *encomienda,* repite, palabra por palabra, las afirmaciones erróneas de Marianne Mahn-Lot: las encomiendas están calcadas de las reparticiones de la Reconquista de Andalucía; despojan a los indios de sus tierras en beneficio de los conquistadores, etc. El autor señala el desacuerdo generalizado de los misioneros —incluso el de los dominicos— con Las Casas. Pero no dice nada de la razón de ese desacuerdo: el formidable éxito indio-cristiano de la evangelización sin Las Casas, gran obra de civilización. En las 30 apretadas páginas de notas —frecuentemente eruditas— y las 13 páginas de bibliografía, no se encuentra ni una sola referencia a los archivos jurisprudenciales publicados y analizados por Zavala, ni a las *Relaciones* locales, ni a la explosión inmediata y magnífica del arte indio-cristiano. Y no se encuentra citada ni una sola vez la revista misionera especializada, en la que contribuyen religiosos de la misma orden del autor: *Missionalia Hispánica.* Una revista desbordante de testimonios originales de la época, sin el conocimiento de los cuales —lo mismo que de los archivos y relaciones evocados anteriormente— es imposible al autor y al lector saber lo que sucedió realmente.

En contrapartida, entregándose enteramente a una sobrevaloración decidida de lo teórico, el autor diserta larga, escolástica y, a menudo, brillantemente sobre los argumentos de Las Casas, comparados con los de Santo Tomás de Aquino, de Vitoria o de Soto. Progresando en el tiempo —un tiempo siempre teórico— pasa a los siglos XVIII y XIX e intenta demostrar que Las Casas no es ni un precursor de las tesis de Rousseau, ni un inspirador de la ideología revolucionaria de los «Derechos del hombre», sino un puro y tradicional profeta del cristianismo y de la humanidad. Volviendo a caer en los hechos a través de los argumentos, el autor exclama, por fin: «(La) pluma (de Las Casas) tiene la fuerza de una espada; la espada tiene la forma de cruz». ¿Las Casas, ángel exterminador? Ciertamente así parece, puesto que, cerrado el libro, no existe otra cosa que él allí por donde ha pasado.

Desgraciadamente, el autor, al hablar así, no hace más que confirmar los postulados de la «leyenda negra» anticatólica, en beneficio del teórico Las Casas y a costa de los otros meritorios hijos de la Iglesia, laicos y religiosos, que son los que verdaderamente dieron nacimiento a la América cristiana. Porque la «leyenda negra», desde el origen, acepta de buen grado a Las Casas como inspirador y como coartada, utilizando a fondo las «intemperancias» de su pluma-espada, cultivadas con morosidad, su «facundia jamás estancada» y su «frascología», tal como señala el director de *Missionalia Hispánica,* el jesuita Constantino Bayle (nº 10, pp. 197-201). La «leyenda negra», por lo demás, es la única referencia de las ilustraciones que nos ofrece el libro del padre André-Vincent: después de un retrato de Las Casas —romántico, como